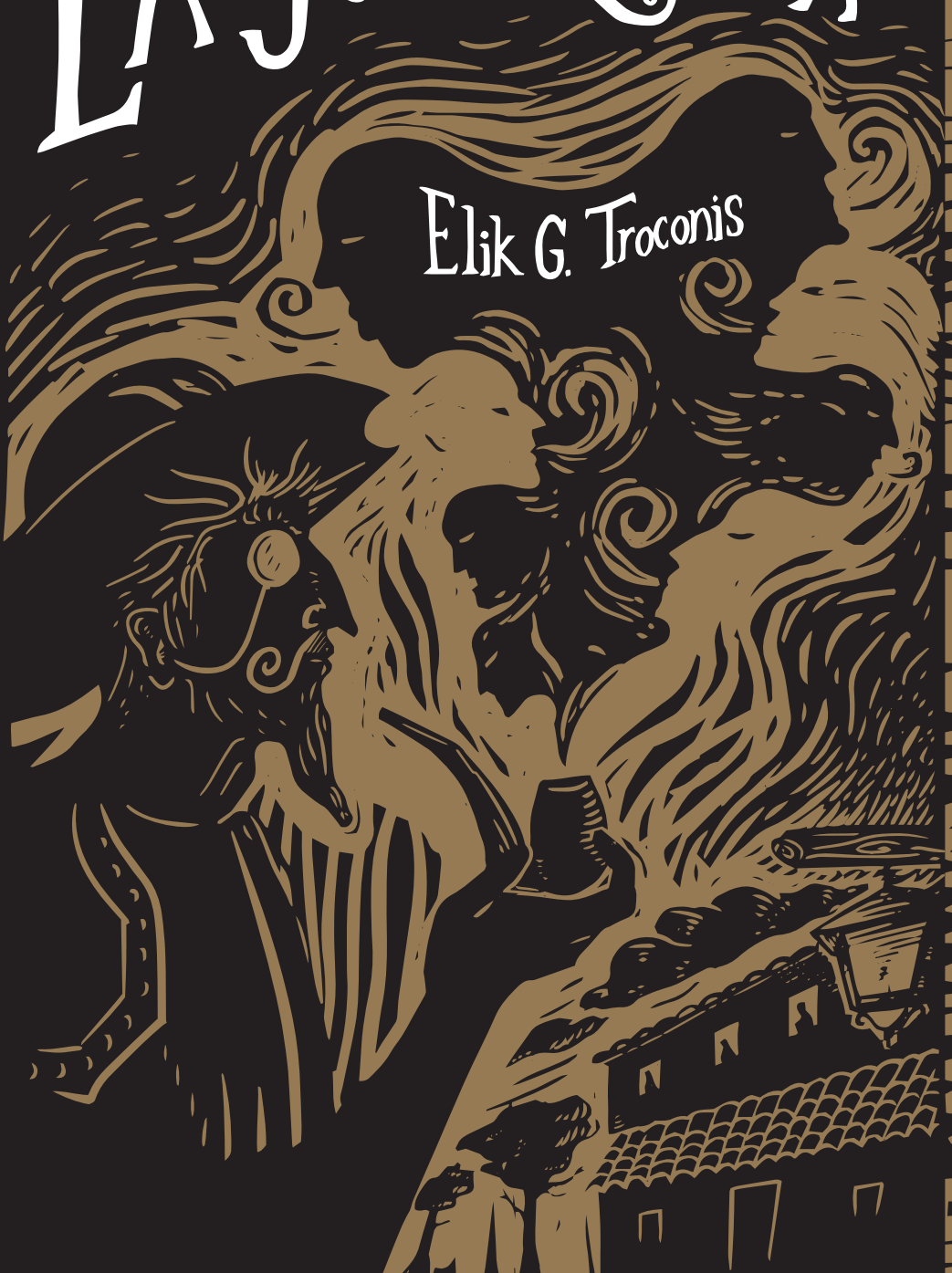


# LA JOYA ROBADA

Elik G. Troconis



# LA JOYA ROBADA

Capítulos verdaderos del crimen  
que investigó el ingenioso hidalgo  
don Quijote de la Mancha

Elik G. Troconis

Novela ganadora del Premio  
FeNaI-Norma 2022



[www.normainfantiljuvenil.com/mx](http://www.normainfantiljuvenil.com/mx)

## *La joya robada*

D. R. © 2022, Elik Germán Troconis Martínez del texto

D. R. © 2022, Santillana Educación México, S. A. de C. V.

Av. Río Mixcoac 274, piso 4, Col. Acacias  
03240, México, Ciudad de México

Esta obra fue escrita con el apoyo de la Fundación para las Letras Mexicanas.

Reservados todos los derechos conforme a la ley. El contenido y los diseños íntegros de este libro se encuentran protegidos por las Leyes de Propiedad Intelectual. La adquisición de esta obra autoriza únicamente su uso de forma particular con carácter doméstico. Queda prohibida su reproducción, transformación, distribución y/o transmisión, ya sea de forma total o parcial, a través de cualquier forma y/o cualquier medio conocido o por conocer, con fines distintos al autorizado. Marcas y signos distintivos que contienen la denominación.

\* El sello editorial “Norma” está licenciado por Carvajal, S. A. de C. V.

Primera edición: febrero de 2023

Edición: Aline Hilary González Vargas

Corrección de estilo: Jorge Solís Arenazas

Ilustración de portada: Emmanuel Tanús

Diseño: Javier Torres Garay

Realización: Brenda Pérez Zamudio

Impreso en México

ISBN: 978-607-8896-806

*A Dulcinea, como imagen de la persona amada a quien  
hombres y mujeres dedicamos nuestras hazañas del día a día.*

*Y a mis Dulcineas, las que lo han sido y las que están  
por venir, por tantas tardes de combate  
y denuedo tomados de la mano ayer, hoy y mañana.*



*—Yo sé quién soy —respondió don Quijote—,  
y sé que puedo ser, no solo los que he dicho,  
sino todos los Doce Pares de Francia,  
y aun todos los nueve de la Fama [...].*

*Miguel de Cervantes Saavedra,  
El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*

*Pero el Don Quijote simbólico, esa encarnación sublime de la  
verdad y la virtud en forma de caricatura, este Don Quijote es de  
todos los tiempos y todos los pueblos, y bien venida será adonde  
llegue, alta y hermosa, esta persona moral.*

*Juan Montalvo,  
Capítulos que se le olvidaron a Cervantes*



## CAPÍTULO 1

*Donde se da a conocer el impensado  
crimen sucedido en la venta*

Don Quijote se hospedó en la venta con toda su cuadrilla. Tal afirma don Miguel de Cervantes de acuerdo con la traducción que un intérprete morisco hizo del texto original de Cide Hamete Benengeli. Y yo, autor de estos capítulos verdaderos, lo tengo por cierto. La cuadrilla reponía las energías que había perdido en episodios de gran denuedo, como el combate que nuestro Caballero de la Triste Figura entabló contra los cueros de vino tinto creyéndolos el cuerpo de un gigante. Tras aquello, era una verdadera dicha que todo se encontrara ya en calma y que a aquella venta que el hidalgo creía castillo hubieran arribado tantos y tan distinguidos personajes en las últimas horas. Llegada que fue la noche, acordaron ir a descansar y posponer el advenimiento de nuevas aventuras. Se decidió lo más correcto para albergar a los tantos huéspedes que ahí se encontraban: las



mujeres habrían de dormir juntas en la estancia y los varones por su lado en el patio.

Don Quijote que, como sabemos, estaba enloquecido (o al menos eso hacía parecer) por tantas novelas de caballeros andantes que había leído, se ofreció a hacer la centinela, en sus palabras, con el propósito de proteger a las damas que descansaban adentro, previendo el ataque de un nuevo enemigo. Acostumbrados todos a su locura, nadie quiso contravenirlo y prefirieron dejarlo actuar como sus libros le dictaban. Así, don Quijote salió armado de quijote a yelmo, montó en Rocinante, atravesó las murallas y, una vez que el portón quedó bien cerrado, inició su ronda a imitación de los famosos caballeros que admiraba tanto, aunque habrá que decir que durante su guardia miraba más hacia el firmamento que hacia el páramo alrededor de la venta; tanto, que echó en falta la presencia de la luna, que hasta entonces no se había dignado a aparecer.

A la segunda vuelta que dio el ingenioso caballero, distrajo su atención en los acontecimientos de los días recientes y repasó en su memoria el nombre, la procedencia y el linaje de todos sus nobles compañeros. Se detuvo especialmente en la princesa Micomicona y en la gran aventura que le esperaba cuando llegaran juntos a su reino: el enfrentamiento con el temible gigante que asolaba el lejano reino del África.

Al interior de la venta, la princesa Micomicona, que fuera de la mente del caballero no era otra más

que la bella y hasta unos días atrás desdichada Dorotea, soñaba no con los fuertes brazos de quien se creía su futuro salvador, sino con el pecho de su bienamado don Fernando. Y don Fernando reposaba fuera, al lado de Cardenio, que a su vez suspiraba, aunque con ciertas dudas, por su Luscinda, que en reciprocidad prolongaba también sus exhalaciones al otro lado de los muros. Sin embargo, a cualquiera le habría bastado echar un vistazo allá para comprobar que no era ni Dorotea ni Luscinda quien más tiernamente pensaba en su amado. Zoraida, que había renunciado a la fe de Alá y había depositado en el capitán Ruy Pérez de Viedma todas las esperanzas de abandonar su tierra, entonaba rezos por su amado, segura, como sucedía en efecto, de que lo mismo hacía él por ella.

Por su parte, el oidor Juan Pérez de Viedma, hermano del otro, se preocupaba por la comodidad de su hija Clara, de tan solo dieciséis años, aunque creía que se encontraba bien en medio de otras damas muy honorables. Entre todos ellos, solo el cura y el barbero Nicolás murmuraban, riéndose a cada tanto de la locura de su amigo Quijana, que a uno lo tenía por un párroco cualquiera y al otro por el escudero de la princesa Micomicona, pues no los había reconocido aún. Si los hubiera escuchado Sancho Panza, sin duda los habría reprendido por hablar así de su amo, pero se había quedado dormido tan pronto como puso el lomo sobre la tierra.

En sus propios aposentos, soplaban las velas para dormir el ventero y la ventera, y al lado, su hija y la

criada Maritornes, a quienes don Quijote veía como el honroso señor del castillo, su esposa y su hija, y una doncella de la familia. La mujer calculaba en voz alta el dinero que debería pagar el loco hidalgo por el derramamiento de tantos cueros de vino que había causado la primera noche de su estancia.

Sin embargo, en algo se equivoca la fuente que suele seguir la tradición, ya sea porque Cide Hamete Benengeli mintió, porque el traductor morisco erró o porque Cervantes inventó: resulta difícil establecer el punto exacto en que se descacharró la historia, pero yo tengo por cierto que nuestro ensoñado caballero de la Mancha no hizo la centinela durante toda la noche. La realidad es que tras la segunda ronda, al estar de nuevo delante de la puerta, cayó preso de las cadenas del sueño y se tendió largamente sobre Rocinante hasta el amanecer, de forma tan pesada que no lo habrían despertado ni siquiera los pasos del gigante que esperaba.

Cuando los dedos de la aurora se asomaban al este de la venta, llegaron a los oídos de don Quijote gritos que se elevaban como serpientes por el aire, aunque con forma no tanto de reptil como de lamento. Él despegó los párpados y cerró la mandíbula, que por poco le daba al suelo. Al recorrer las crines de Rocinante con las manos, notó una extraña humedad y atribuyó el hecho a una inesperada lluvia nocturna, sin sospechar que era su propia baba. Miró de inmediato a su alrededor en busca del peligro que provocaba los lamentos, observando primeramente que a jornadas

de distancia no había huellas de gigantes, lo que le generó un alivio enorme.

Enseguida, sabiendo que las voces debían de provenir del interior del castillo, giró sobre su montura y, encarando la puerta, esperó escuchar trompetas anunciando su heroico regreso. Mas el tiempo corrió y no hubo ni sonido ni apertura, así que desenvainó la espada y golpeó la madera con la empuñadura mientras daba voces. Mucho más tiempo corrió y, por lo lento, habría que decir que caminó, hasta que al fin acudió Maritornes, la criada, que era jorobada y un tanto tuerta, lo suficiente para que cualquiera dudase hacia dónde miraba. Acudió, digo, a quitar los seguros y abrió la puerta para el caballero. Él, que no sabía hablar sino *hablar* como lo hacían los caballeros de sus libros antiquísimos, sin aguardar espetó:

—¡Por todas mis fazañas! ¿Es así, señora, como en este castillo se recibe al valeroso caballero que ha velado por vuestra seguridad? Sabe bien vuestra merced que fuera hay tantos peligros como olas tiene la mar, tantos riesgos como flores los campos de Castilla, tantas amenazas como bendiciones mi amada Dulcinea... Y si vos y toda vuestra compañía habéis amanecido con vida y con perfecta salud, ha sido por la heroica defensa que yo, don Quijote de la Mancha, he fecho de esta fortaleza.

Maritornes oyó estas palabras con mayor impaciencia que la habitual, pues no estaba el caldo para las albóndigas por lo que ocurría dentro de la venta.

—¡Pues vaya pedazo de vigilancia ha montado usted —dijo Maritornes— que bajo sus narices ha sucedido una desgracia!

—¿Desgracia, decís? —preguntó don Quijote—. Informadme qué ha ocurrido. ¿Qué gigante penetró estos muros inexpugnables? ¿Qué encantador osó lanzar conjuro en sus adentros? ¿Qué infortunio han enviado los agentes del mal sobre este honorable castillo? Y decídmelo presto porque yo, don Quijote de la Mancha, juro por la orden de caballería que me ha sido dada que aquel...

—Déjese de arengas, que adentro hay asuntos que atender. Don Fernando, el hijo del duque andaluz, el mismo que llegó aquí portando antifaz, don Fernando, digo, ya no está entre nosotros.

El caballero meditó.

—¿Por qué?

—Se fue.

—¿A dónde?

—Arriba.

—¿Al segundo piso del castillo?

—Más arriba, a las alturas.

—¿A la azotea? ¿Pero qué hace ahí?

—¡Dios bendito! ¡Nos dejó, don Quijote!

—¿Por quién nos dejó?

—¡Con un demonio! Quiero decir que está muerto: frío y tieso como usted no se imagina.

—¿Y por qué no lo habéis dicho antes con tanta claridad? ¿A qué venía tanto juego de palabras y juego de escondites para saber dónde estaba don Fernando?

Maritornes no quiso entrar en discusiones necias, por lo que, tras una maldición, dio media vuelta y volvió adonde se cocían las habas. Ofendido, el hidalgo no pudo sino creer que aquellos eran los comportamientos propios de las damas cortesanas y que muy probablemente Maritornes lo desairaba de propósito solo para enamorarle.

Comoquiera, quedó ahí sobre Rocinante, mirando a la distancia el interior del castillo que, como se sabe, era una venta más antigua que las orejas de Matusalén. Un cuadrado de madera de dos pisos con un amplio patio en el centro esculpido con la tierra más fina del orbe. El muro de la puerta era el mismo que albergaba la caballeriza donde reposaban los corceles de los huéspedes, mientras que en el otro extremo se ubicaban la cocina y el tablón que hacía las veces de comedor. A los lados se extendían los dormitorios; del izquierdo, aquellos donde habían dormido las mujeres, y del derecho, donde reposaban diariamente los dueños de la venta. En el piso de arriba, que ya don Quijote ha ilustrado para nosotros, se encontraban más alcobas, pero habían sido convertidas en almacenes, ya que por entonces casi todos los que pisaban la hospedería lo hacían únicamente para restaurar su hambre y seguir adelante en su camino, así que rara vez alguien se alojaba.

Al centro del patio, nuestro caballero observó un terrible barullo. Hombres y mujeres, por la noche separados, ahora cuchicheaban, hablaban y gritaban unos sobre otros. Confundido como estaba, don

Quijote buscó a su escudero y, encontrándolo en un extremo del patio, se dirigió a él, para lo cual espoleó a Rocinante, aunque este, por lo temprano que era, no accedió a cabalgar.

Se hallaron amo y escudero, y el primero, mirando desde arriba, comentó:

—¿A qué tanto alboroto, Sancho? No es este el primer hombre que arroja su último aliento. Es cierto que don Fernando era joven, pero ya se sabe que la Providencia a veces reclama vidas que los mortales creíamos largas y prometedoras. Una desgracia, sí, pero es el orden de la naturaleza y hemos de aceptarlo. Ninguna vida está garantizada; esa es una regla de este juego que jugamos y que aceptamos al momento de ser traídos al mundo. Contravenirla a estas alturas sería cosa de malos perdedores.

—Pero es que don Fernando no murió, mi señor; lo murieron.

—¿Dices verdad, Sancho? —el caballero abrió los ojos como del tamaño de dos yelmos de Mambrino—. ¿Don Fernando asesinado?

—Asesinado y bien asesinado, mi señor.

—¡Bellacos! ¿Qué insolente follón habrá podido darle muerte?

—En eso andan estas gentes, con la zozobra en la garganta y la acusación en el índice.

—Pero dime, Sancho amigo, ¿qué noticias tenemos de este amargo fecho?

—Escuche bien, mi señor. Todo lo ha contado Clara, la hija del oidor, pues la faena ha comenzado

antes, cuando fue raptada de su dormitorio durante la noche.

—¿Raptada por quién?

—No sabe, no pudo ver su rostro.

—¿Y qué ocurrió después?

—Ese alguien la llevó al comedor con algún propósito malvado, pero antes de cualquier cosa, don Fernando entró en su defensa...

—¡Hurra, don Fernando! —interrumpió don Quijote llevando una mano hacia arriba—. ¡Heroicos son vuestros fechos!

—Pero mire usted a dónde lo llevaron. A fe que si ese es el costo, yo prefiero ser cobarde y que la gente recuerde dónde corrí y no dónde quedé, pues sabrá usted que en ese comedor llegaron las miradas, llegaron las manos y pronto llegó el puñal.

—Y entonces el puñal hirió de muerte a don Fernando —infirió don Quijote, causando un instante de silencio—. ¿Qué es de doña Clara?

—Está libre, pues el alguien huyó luego de clavar el arma; pero está compungida por supuesto, mi señor.

El caballero bajó la mirada y se tomó un momento para cavilar.

—Sancho, tenemos aquí el producto de un crimen infame, un fecho atroz que exige ser castigado. Lo tomaré bajo mi cargo. ¡Juro por la orden de caballería que me ha sido dada que este acto no quedará impune! —exclamó alzando su espada.

—¿Qué es lo que piensa hacer?



—Enderezar este tuerto, por supuesto. Habré de dar con el responsable de este delito inadmisible.

—Pero, mi señor, está olvidando que hace unos días juró no involucrarse en ninguna aventura hasta cumplir la petición de la princesa Micomicona de vencer al gigante que acosa su imperio.

El caballero lo meditó un fugaz instante.

—Dices bien, Sancho. Habré de solicitar su venia para participar en esta pesquisa. Pero confío en su juicio, no te preocupes, que las princesas son damas letradas y prudentes que buscan siempre la justicia, así en la Tierra como en el Cielo, y así en su reino como en el de otros.

Y diciendo esto, don Quijote azuzó otra vez a Rocinante, que esta vez hizo caso. De esa forma, en medio de recia cabalgata y con la espada por los aires, don Quijote llegó al centro del patio. Ahí todos daban voces. Dorotea, ahora viuda de don Fernando, exigía iracunda cuentas al ventero, quien perjuraba que no había dejado entrar a nadie en la venta además de los consabidos huéspedes. Lo mismo reñía el padre de Clara con la ventera por lo que podría haber sucedido a su hija. Simultáneamente, Luscinda y Cardenio entonaban lamentos en los brazos del otro, el cura y el barbero discutían las causas de lo ocurrido, y el resto no sabía ni qué creer.

Advirtieron la desaforada entrada del caballero y se detuvo el escándalo. Don Quijote se apeó de su montura y, poniendo una rodilla en el suelo frente a Dorotea, le dirigió aladas palabras:

—Siervo vuestro soy, hermosa princesa Micomicona. Vuestro soy y vuestro es este brazo como este corazón que ha jurado acompañar vuestro espíritu hasta vuestro reino y libraros de aqueste gigante que ha expulsado a vos de él. Mas comprenderá vuestra señoría que se impone una situación que no ha de quedar sin penitencia. Don Fernando ya no está entre nosotros, se fue, nos dejó, está arriba, en las alturas. En pocas palabras, muerto está —Dorotea sintió un escalofrío flagelar su piel por dentro con cada palabra de estas—. Su asesinato es una ofensa insolente contra la dignidad de todos cuantos aquí nos encontramos. Solicito a vuestra merced que me conceda resolver este fecho y juro que, tan pronto como lo haya logrado, volveré a serviros hasta el fin de la empresa que me habéis pedido satisfacer.

La multitud aborreció el discurso, aunque bien coincidía en la necesidad de saber quién era el responsable del acto.

—Don Quijote —respondió Dorotea sin dejarse esperar y sin tampoco ocultar su desdén—, lamento decirle que toma usted un asunto que rebasa sus capacidades.

—Os juro, señora mía, que no hay tuerto en este mundo que un caballero andante no sea capaz de enderezar. Y si me lo permitís, veréis que este caballero cumple con la regla.

—¿Está usted perfectamente consciente de que toma a su cargo no solo el horror del asesinato de quien ya no está en este mundo, sino también el dolor

que esto causa en...? —una opresión en el paladar le impidió continuar a Dorotea—. ¿El dolor que esto causa en quienes nos quedamos aquí a llorarlo?

—Lo estoy, mi señora, y os doy mi palabra de que desfaré este agravio.

—Eso es imposible: nadie revertirá lo ocurrido, nadie restaurará la vida de mi don Fernando.

Y diciendo esto, las lágrimas se abrieron paso entre su rostro hasta formar dos cascadas de agua salada. Extrañado de tanta tristeza, don Quijote preguntó:

—Mi señora, no sabía yo que hubiese vínculos que os unieran cariñosamente a don Fernando.

Y es que don Quijote, como hemos dicho, tomaba a Dorotea por la princesa del reino Micomicón y a don Fernando por un caballero más que había entrado al castillo.

—Los hay, don Quijote.

—Los había —se atrevió a corregir el caballero.

—No, señor caballero; su vida podrá no ser más, pero los lazos que nos unieron perduran.

—¿Lazos fuertes, señora mía?

¿Cómo explicar al enloquecido manchego lo que don Fernando significaba para ella? Dorotea supo que cualquier intento sería vano, pues tendría que echar abajo el cuento de la princesa y don Quijote evocaría a mil encantadores antes que creerlo.

—Fue el más osado caballero de mi reino. Más de una vez se abrió paso a través de ardides ponzoñosos, como lo hizo el divino Ulises, pero al final enmen-

dó su camino. Bastaba mirarlo una vez para desear mirarlo por siempre. Su boca era su lanza, sus ojos las manos que conducían el bridón de sus anhelos.

—Pero creí, mi señora, que luego del ataque del gigante a vuestro reino, cuando os visteis forzada al exilio, solo vuestro escudero os había acompañado.

—Y así fue, don Quijote —dijo Dorotea mientras buscaba rápidamente el parche que poner en la historia que remendaba—. Don Fernando había salido del reino tiempo atrás en una empresa que yo personalmente le encomendé.

—¿Puedo preguntar qué empresa fue aquesta?

—Fue... fue... Lo envié en busca del acero de Santiago.

—¡Por todos los caballeros andantes! —se sobresaltó don Quijote—. ¿La espada del santo apóstol que se hizo presente en estas tierras cuando nuestros monarcas expulsaron a los hijos de Mahoma y también en los territorios americanos cuando los soldados de Cortés más lo necesitaban?

—Eso es.

—¿Y don Fernando tuvo éxito en la búsqueda?

—Por desgracia no.

El pecho de don Quijote se desinfló.

—Una pena —dijo—. Pero acaso sea que el santo apóstol continúa entre nosotros y carga aún su espada por si se presentan nuevas batallas en las que auxiliar a nuestros hombres. En fin, decís que don Fernando se encontraba en aquella empresa cuando vuestro reino fue asaltado.

—Así es. Cuando volvió ante nuestras murallas, supo lo ocurrido y salió de nuevo en busca de mí, y fue aquí donde me encontró, para fortuna mía.

—Aquí donde la muerte lo ha sorprendido.

Dorotea tomó aire antes de volver con palabras.

—Señor caballero, debo mucho a la memoria del valiente don Fernando, y la justicia terrenal de la que soy representante como princesa me mueve a castigar al culpable de este crimen tan bajo. ¿En verdad se cree usted capaz de hallarlo? Si yo misma se lo encomendara, ¿lo haría?

—Mi señora, si vuestra merced deposita en mí vuestra confianza, sabed que nunca será defraudada —aseguró un momento antes de erguirse y golpear su pecho con la mano derecha, orgulloso de imitar al caballero Esplandián cuando juramentaba—. Yo, el famoso don Quijote de la Mancha, luz y espejo de la caballería andante, Caballero de la Triste Figura, juro por la orden que me ha sido dada que enderezaré este tuerto y restauraré el concierto en este honorable castillo... —y recordando entonces a su dama, sumó palabras a su discurso—: Dichosa la sin par Dulcinea, que tiene a sus pies a este noble caballero, y dichoso yo, que cuento con la fuerza y el vigor que ella me inspira para acometer esta fazaña. Sepan los cielos que dedico la fama que de esto resulte a ella, que es la gloria de mi pena, el norte de mis caminos, la estrella de mi ventura.

—Dedique esto a quien guste, don Quijote, pero atrape al responsable. Y no desvaríe en el camino.

Deje fuera sus muchas fantasías y concentre sus esfuerzos en la realidad que tiene frente a sí.

Don Quijote asintió y en el acto solicitó el necesario permiso del señor del castillo para llevar a cabo las debidas pesquisas. Tampoco dudó el ventero en acceder, y así el caballero pronunció:

—Cerrad la puerta y asegurad las murallas de este castillo. A nadie se ha de permitir el acceso ni la salida, que entre los que aquí estamos ha de hallarse el culpable de este malhadado crimen y no se abrirá la puerta hasta que sea aprehendido y se le imponga la pena que su fechoría merece.